

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

*Relatos de erupciones volcánicas**

Es éste un libro que trata de dos acontecimientos fundamentales en la historia y en el paisaje de la isla de Lanzarote. Acontecimientos de orden natural, desastrosos y espectaculares a la vez, incluso espléndidos para la mirada condicionada del geógrafo físico. El libro contiene la visión desde dentro de tales catástrofes, desde los propios habitantes. No de los relatos o estudios posteriores de investigadores, no de espectadores ajenos. Trata del drama en su propio escenario, contado por sus personajes.

Muestra así esta obra, especialmente, lo que es una erupción canaria de primera magnitud —la de 1730-1736—, aportando a la vez los datos de las fuerzas naturales desencadenadas en ella y los de las fuerzas morales y sociales de los hombres de la Isla para soportarla. Contiene un modelo, en su género, de la relación entre un proceso volcánico y la reacción humana consiguiente. Es una contribución, por tanto, geográfica e histórica, además de volcanográfica. El libro, por todo ello, se lee como un relato de la vida de un pueblo en una situación excepcional y en un contexto histórico y natural precisos.

La autora y recopiladora, Carmen Romero Ruiz, es profesora de Geografía Física la Universidad de La Laguna (lo que es marca de prestigio) y conocida especialista en Geografía Volcánica —de lógico cultivo en la universidad canaria—, autora de otros cuatro sólidos libros y vinculada a investigaciones punteras en los vol-

canes del Archipiélago. No es, pues, la primera vez que trabaja con entusiasmo sobre Lanzarote ni sobre sus erupciones históricas en sus aspectos documentales y geomorfológicos con contribuciones a la vez metódicas y brillantes, muy laboriosas y muy sagaces. Como esos precedentes, nuevamente este libro es excelente.

La Fundación editora fue consciente del interés de la difusión de estos conocimientos de las Crónicas, de su sentido de referencia cultural propia, por un lado para los estudiosos como fuente documental y, por otro, para todos los demás como patrimonio histórico común. Honra también al libro, en consecuencia, su selecta edición, su calidad formal, su factura esmerada, logrando una vez más que Canarias no sólo ofrezca los volcanes en su paisaje, sino en su cultura.

Se afianza, pues, el género peculiar de la atención a los volcanes en nuestras letras. No es que haya mucha literatura tradicional en castellano sobre tal tema: acaso, como inicio, unos versos del Arcipreste («la tierra comenzó a bramar. Estaba tan fynchada, que quería quebrar») o el uso metafórico por Quevedo del modelo de los volcanes —el Etna— para un soneto amoroso («las hazañas del fuego y de la nieve, y el incendio en los yelos hospedados»). Pero el conjunto de crónicas canarias y de Indias sobre volcanes sí forma un nutrido cuerpo cultural muy sugerente, sobre todo desde el siglo XVI. En el Archipiélago se inicia con las erupciones entrevistadas desde el mar desde el siglo XIV y las referencias en las endechas de Guillén Peraza del XV, para desarrollarse ampliamente después al ritmo de la intermitente actividad eruptiva histórica canaria. En total son trece erupciones las reseñadas desde el siglo XIV, de diversa localización y diferentes magnitudes, siete en la isla de La Palma, cuatro en Tenerife y dos en Lanzarote; no son muchas en esta última isla, pero la primera fue bien lar-

* ROMERO RUIZ, Carmen: *Crónicas Documentales sobre las Erupciones de Lanzarote. Erupción de Timanfaya (1730-1736). Erupción del Volcán de Tao, Nuevo del Fuego y Tinguatón (1824)*. Taro de Tahiche (Lanzarote), Fundación César Manrique, 1997, 167 págs.

ga y abundante: cerca del ochenta por ciento de días activos con erupción contabilizados en el Archipiélago; cerca del setenta y cinco por ciento del terreno cubierto por estas manifestaciones. Fue una conmoción radical, pues, para la Isla.

Las Crónicas, como decimos, son testimonios directos, son vida rescatada de los archivos, del Museo Canario, de Simancas, del diario del cura de Yaiza, que muestran variados aspectos de la erupción y de sus repercusiones. En primer lugar, describen los procesos y secuencias eruptivas, los fenómenos y sus lugares, lo que permite la restitución de la dinámica, de las formas generadas en su transcurso, de los problemas surgidos en tanto tiempo y en tanta extensión. Dejan constancia, ante todo, de la repetición de las erupciones del siglo XVIII:

«el castigo (divino) de los repetidos volcanes»; «el volcán que rebentó... volviendo a rebentar».

Describen el nacimiento del volcán en 1824:

«movimientos subterráneos... grandes porciones de exhalanciocitas o fuegos pequeños que parecían relámpagos rastreros,... algunas pequeñas hendijas en la tierra,... algunas grietas muy notables, y un movimiento en la tierra como que hervía».

O la actividad sísmica y explosiva de 1730:

«el continuado estrépito... el continuo temblor y sentimientos de los edificios».

O la aparición de gases nocivos en el mismo año:

«La Jeria, dicen, y es muy cierto, echa tan mal olfato la tierra en partes, que los animales caen muertos, y las aves. Pasando onze reses bacunas por este lugar, todas onze, dicen, caieron muertas. Lo mismo ha sucedido con otras de la misma especie con jumentos, perros, gatos y gallinas».

O toda la furia telúrica junta:

«va dexando dicho volcan con las muchas bocas que ha abierto, ardiendo unas, y apagándose, y rebentando otras de nuevo, echando las más tantas arenas, que ya lo labradio, y montuoso, que havia... está incapaz de dar ni un pie de pan, ni una sola ierva, ni rama para los ganados... aque ha sobrevenido el temporal de agua, viento y fuego, que se armó la noche del día de ceniza tan recio, que nos parecía, según la batalla de dichos elementos, y los grandes y continuos temblores de tierra, que el cielo avia decretado consumir esta isla, como quedaron destruidos y consumidos los sembrados».

Para llevar a cabo estos testimonios no sólo era necesario un espíritu racional y curioso, sino también audaz. Uno de los relatos más espontáneos de los acontecimientos de 1824 indica las condiciones del acercamiento al centro eruptivo:

«se entra al volcan nuevo por sobre el viejo, ambos son de un material granujiento... en fin un nuecerio y como terrumen... sucede que se pone el pie en un precipicio expuesto a hundirse, o lo

menos a desnudarse una pierna y así es menester ir a gatas para aumentar las garras y sostenimiento... Se llega casi a el volcán nuevo con los credos en la boca... y trepando sobre el mismo volcán nuevo y tan nuevo como que quemaba los pies... hasta que encontramos a media ladera una boca de fuego tan rojizo y encendido... Ultimamente oimos un ruido como de derribo o aplomamiento y dejamos aquellas vistas a escape».

La primera reacción humana es expresar sus temores. Así, en 1730 se escribe:

«los continuos temblores, que no cessan en toda la isla, porque continuamente esta palpitando, a cuia vista los habitadores, especialmente el mugeriego, se hallan rendidos al temor».

Y en 1824:

«ese subterráneo enemigo... tememos que si hace alguna otra erupción causará considerables estragos... así es que estamos viviendo en un continuo sobresalto; cualquier humo nos asusta, cualquier ruido nos espanta, y cualquier grito nos pone en espía».

La segunda reacción es la estimación de las pérdidas causadas por los volcanes:

«Entullaron las arenas todos los conductos y acogidas de los albiges y maretas de los lugares de La Vegueta, etc... Quemó el fuego en la jurisdicción de Yaiza, etc». «Dejó quemadas casas, albiges, maretas, fabricas, paxeros, tierras labradas y montuosas...».

Se habla de animales que andan sobre los lapillis sin alimento y, en suma, se recoge el

«dolor que causa el lloro y lamento de hombres, mugeres y niños, que se ven a rigores del ingrato elemento despojados de sus propiedades...»

La situación es tal que lleva a los responsables insulares a una disyuntiva radical:

«esta ysla, o se ha de abandonar, o la hemos de conservar. Lo primero lo tenemos por desuercio... La conservación... es lo que tenemos por preciso».

La siguiente reacción fue tomar providencias. Atenciones a los necesitados:

«Que si estos pobres no tuvieren las habitaciones para recogerse de noche y guarecerse contra los temporales, se les precise y aiude...»

Diplomacia con los afectados:

«a todos esos vasallos, el especial cuidado de su quietud, el disimulo desus impertinencias, y el agrado en el trato del pueblo; porque siempre estos casos de fatalidad tienen muchos visos y circunstancias de confusión tumultuaria, y es muy conveniente disimular a algunos por no perderlos a todos».

Contención de la especulación:

«los comerciantes extranjeros no duermen... para despues alterar los precios... por que son astutos y si encontrasen abertura, son capaces de comprar todos los que tenemos en las islas, para hazer venir la carestía».

Control de los descontentos:

«con las providencias dadas para que no se embarquen granos hai muchos descontentos... interesados en la extracción de ellos, mirando solo al particular fin de su utilidad y posponiendo la manutencion y conservacion dela isla».

En ocasiones, la situación se presta a derivaciones hacia otras cuestiones, como en el caso de la milicia, que aprovecha sus reclamaciones coyunturales para señalar también que están

«mui faltos de balas de a siete, y a cinco, de pedernales para las escopetas, de coleta para cartuchos»

y hasta de aceite para

«mantener luz en los rebatos».

O en las decisiones de la justicia:

«Que por ahora no se despachen execuciones, ni se decreten prisiones por deudas ni delitos no graves».

Cuando los problemas se multiplican las disposiciones atienden a todo: limpieza de aljibes, formación de juntas o incineración de animales muertos o

«que los pobres miserables se detubiesen alli mantenidos por no infestar las demas yslas... con su multitud pobreza, clamores y enfermedades».

Finalmente, también la iglesia tomó providencias mayores:

«en el fundado dictamen christiano de que esos castigos, y terrores son expresiones de la indignación divina, provocada por nuestras culpas; hemos atendido a solicitar su clemencia con oraciones y rogativas públicas en toda la Diócesis»; «en este propio Cabildo, aviéndose conferenciado sobre si el Cabildo iría con sobrepellizes, o capas de coro, botado por bolillas secretas, *duabus tandis discrepantibus*, se acordó se vaia con capa de coro en demostración de su sentimiento».

La cuarta reacción tomó el camino de la ciencia. Los más notables resultados fueron, primero, el mapa eruptivo de 1730, temprano modelo de cartografía del fenómeno en uno de sus estados, de la ponderación precisa de las dimensiones y lugares de la catástrofe y de su prevención, que constituye un documento volcanográfico de primera entidad. Segundo, el famoso relato del cura de Yaiza, que constituye una fuente esencial para los primeros momentos de la erupción de Timanfaya. Tercero, el asombroso seguimiento de la erupción de 1824, preciso y constante de Ginés de Castro. Y, cuarto, los croquis y análisis efectuados en esta última manifestación eruptiva, denotando el espíritu ilustrado y positivo que ya en esas fechas existía en la población.

En fin, lean este estupendo libro. No sólo se enterarán de los volcanes insulares, sino de su inserción real

en la vida y disfrutarán como si leyesen un relato coral de la isla en un momento de emergencia. Hoy, lo que fue desgracia es paisaje. Un paisaje evocador de las erupciones, porque está formado esencialmente por el dinamismo detenido de los volcanes, por la solidificación repentina del flujo de las lavas y las explosiones de los cráteres. En el libro se oyen también las voces de quienes veían perdidas sus haciendas. Hoy las voces se han ido y el paisaje se ha vuelto fuente de ingresos y escenario de interés y de amistad. Aunque sea en geografías nacidas de la catástrofe, también es posible esta amistad: ojalá fuera siempre aplicable aquella idea de Borges de que el hombre, tan propenso siempre a ser enemigo de otros hombres, no podría serlo de sus paisajes.— EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

*Un atlas de Asturias**

Este atlas se encuadra en una obra de mayor extensión, según se deduce de su título y de su numeración. Se trata de un volumen de considerable tamaño, rondando las 300 páginas y el tono general de su contenido se mantiene en un nivel medio-alto.

No se escatiman en la obra medios gráficos, pues el color está presente en la mayoría de las ilustraciones. La edición es muy cuidada, pues apenas se aprecian errores en sus textos y gráficos y la calidad lograda en la mayoría de sus imágenes, especialmente en algunas fotografías aéreas, es muy notable. Obligado es reconocer que se alcanzan unas cotas de calidad no muy abundantes en obras similares.

La autoría del atlas no aparece muy clara en su apartado correspondiente de la contraportada, pero de ella parece deducirse que la cartografía 1/100.000 es independiente del resto, y que el grueso de la obra corresponde al equipo del Departamento de Geografía de la Universidad de Oviedo. Y como tal obra global hay que entenderla, dado que los textos y mapas carecen de firma individualizada.

El contenido de la obra, por su parte, está dividido en quince apartados, que cabe reunir en cuatro grupos. Uno primero corresponde al mapa 1/100.000 y a una colección de imágenes de satélite a escalas 1/150.000 y 1/200.000; es un grupo estrictamente gráfico, sin texto

* *Gran atlas del Principado de Asturias. Atlas geográfico*, Ediciones Nobel, Oviedo, 1997, 297 págs.